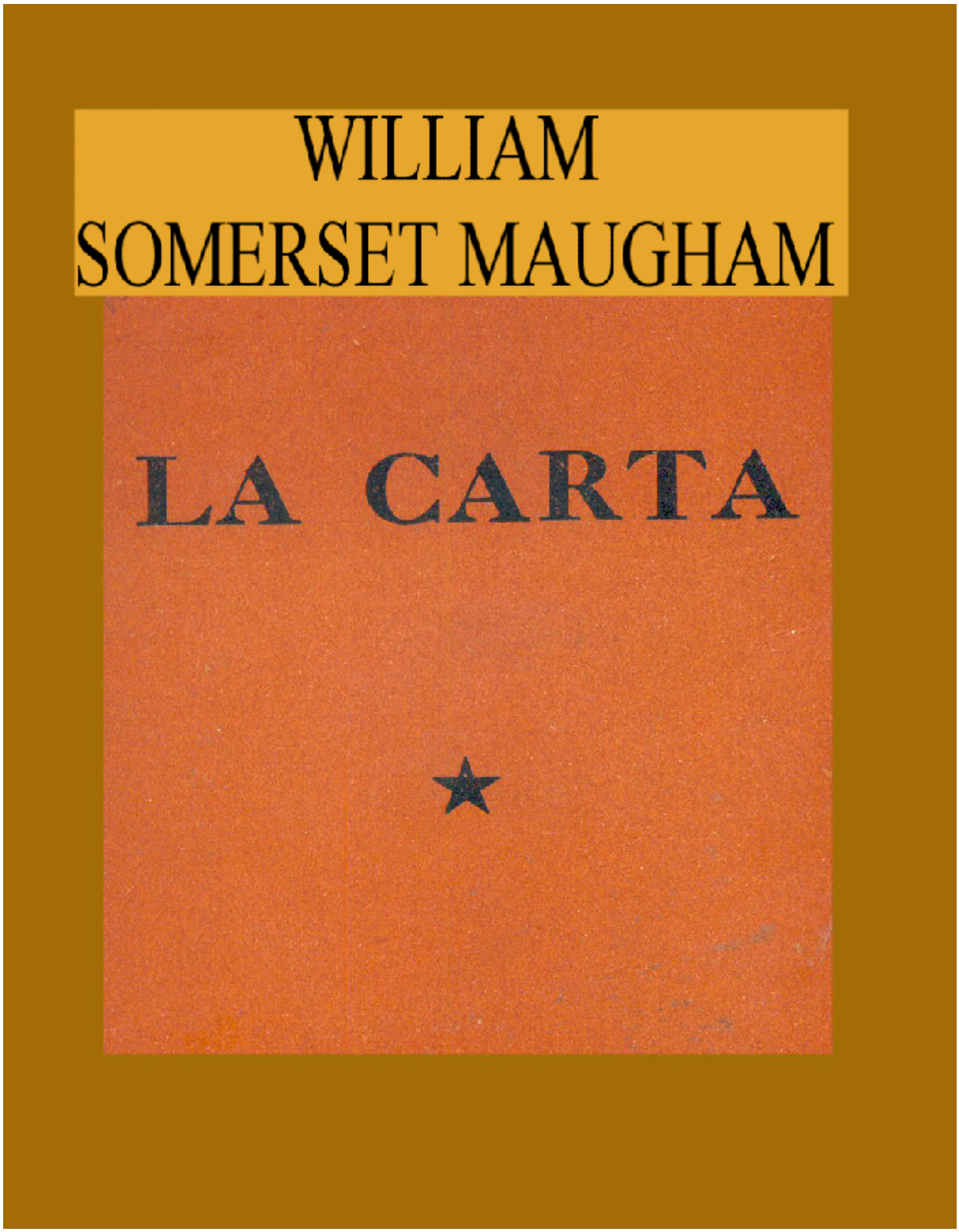
LA CARTA
WILLIAM SOMERSET MAUGHAM



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com


Roberto estará
ausente esta noche nece-
sito absolutamente verlo
a Ud. Lo espero a las
once.
Estoy desesperada
y si no viene, no responda
de lo que sucederá.
Leslie

La luz de la luna brillaba entre las palmeras que rodeaban el cottagge de los "coolíes" y el silencio perfumado de la noche envolvía el bungalow de Crosbie, que con todas sus luces encendidas y todas sus puertas abiertas, se perfilaba en medio de la plantación de caucho en los alrededores de Singapur.

De pronto se oyó la estruendosa explosión de un arma de fuego. Cinco disparos más en rápida sucesión.

Los coolíes despertaron sobresaltados y corrieron a la casa de los amos.

En la galería que rodeaba el bungalow se desplomaba un hombre, y Leslie Crosbie, frenética, descargaba sobre él los últimos tiros del revólver humeante que empuñaba.

-¡Cobarde! -murmuró varias veces, y luego, con una indefinible expresión de estupor, miró el arma en su mano y temblorosa se apoyó contra el pilar de la galería.

-¡Señora! -exclamó un coolíe que llegaba en ese instante.- ¿Qué ha pasado? -Y acercándose al cuerpo caído, con cierto recelo, dijo: -¡El señor Hammond!

-¿Está muerto? -preguntó Leslie con voz débil.

-Si.

-¡Dios mío! - murmuró Leslie entrando en el living. Desfalleciente, se dejó caer en un largo sofá de mimbre cubierto de almohadones.

Los coolíes hablaban agitadamente en voz baja y sus miradas iban del muerto a su ama con un efecto de interrogación.

-¿Señora... por qué lo mataste? -inquirió por fin Chang.

La mujer elevó sus bellísimos ojos azules hacia el muchacho, y sin contestar preguntó:

-Dime, Chang..., ¿sabes dónde vive John Whiters, el jefe del distrito? Ve a buscarlo.

-Sí..., pero es lejos...; ahora está oscuro -alegó el muchacho. - ¿No será mejor esperar a que aclare?

-No tengas miedo. Hassan te llevará en el auto. Ve a lo de Whiters y llama a su puerta hasta que se despierte, y dile que venga aquí inmediatamente..., que hubo un accidente y que el señor Hammond murió.

-Bien, señora... Pero antes sacaremos a él de aquí... Lo acostaremos en el cuarto de huéspedes.

-No, no -exclamó Leslie azorada.- ¡No lo toques! Cuando venga el señor Whiters dirá lo que se debe hacer.

-Bien, señora.

-Y también telefonearás a mi marido, que está en Singapur.

-Eso no será posible... La oficina telefónica está cerrada. Es más de medianoche.

-Despierta al empleado. Dile que es un caso grave. Aquí tienes el número del teléfono del doctor Joyce, donde mi marido pasa la noche.

-¿Y qué diré si consigo hablar con el señor?

-Espera, te lo anotaré en un papel.

Acercándose a su escritorio escribió unas líneas con mano temblorosa.

-¿Lo entiendes bien? -preguntó leyendo el mensaje con el muchacho.

"Ven inmediatamente, hubo un accidente terrible. El señor Hammond ha muerto."

-Bien, señora -contestó el muchacho doblando el papel y dirigiéndose a la galería.

Leslie lo siguió con la mirada, percatándose en ese momento de los demás muchachos e indígenas agrupados allí.

- ¡Váyanse! -ordenó.

Todos obedecieron silenciosamente, y una vez sola, la mujer se acercó vacilante al muerto, y después de mirarlo largamente se dirigió a su dormitorio, encerrándose con llave.

Cuando tres horas después llegó Roberto Crobie acompañado por el abogado Joyce, encontró al jefe del distrito que se paseaba nerviosamente de un lado al otro del living, tratando de engañar su impaciencia.

- ¡Por fin! -exclamó al ver al dueño de casa-. Creí que usted no llegaría nunca.

-¿Dónde está Leslie? -inquirió Roberto, cuyo semblante curtido por el sol reflejaba una ansiedad profunda.

-En su habitación, encerrada con llave. No quiso recibirme antes de que llegara usted.

-¿Qué sucedió? -preguntó Roberto mientras colocaba su sombrero sobre la mesa, y sin esperar contestación corrió a llamar a la puerta del dormitorio.

-¿Usted es el jefe del distrito? - preguntó el que acompañaba a Crosbie.

-Yo soy Joyce, el abogado Joyce. Roberto pasaba la noche en casa y creí mejor acompañarlo.

-Mucho gusto, doctor -repuso Whiters tendiéndole la mano-. Ya lo conocía a usted de nombre.

Se disponía a proseguir pero en ese instante se abrió la puerta lateral y apareció Leslie, con una expresión tal de dignidad que todos permanecieron mudos ante aquella joven menuda, de mirada grave y triste.

- ¡Leslie querida! -exclamó por fin Roberto tendiéndole los brazos.

-No me toques -repuso la joven.

-¿Qué ha pasado? -inquirió su marido con terrible ansiedad.

-¿No te dieron mi mensaje?

-Me dijeron que, Hammond había muerto.

-¿Está ahí todavía? -preguntó ella estremeciéndose involuntariamente.

-No, señora -contestó Whiters.

La joven se dirigió lentamente hacia un sillón y luego miró a los tres hombres y dijo:

-Yo maté a Hammond. Quiso violarme y lo maté.

-Señora -dijo Whiters algo molesto- ¿podría usted decirnos exactamente lo que sucedió?

-¿Ahora? -inquirió ella mirándolo con sus ojazos azules.

-Lamento importunarla en un momento como éste, pero mi deber...

-Sí, comprendo... Concédame sólo un momento para reponerme.

-Cálmate, querida -le dijo su esposo cariñosamente.

Esbozando una pálida sonrisa, Leslie murmuró:

-Qué feliz me siento de tenerte a mi lado...

-Es una suerte que Bernard me haya acompañado.

-¡Leslie! -exclamó Roberto acercándose.

-¡Ah, querido!... ¡cómo estoy de contenta que estés aquí -murmuró ella con lágrimas en los ojos.

-Querida mía. . ., mi pobrecita - exclamó su esposo estrechándola entre sus brazos.

No pudiendo contener por más tiempo su emoción, Leslie estalló en sollozos mientras decía con voz suplicante:

-No me dejes, Roberto... Tengo tanto miedo...

-Coraje, mi querida. . .estoy aquí y no me apartaré un instante de tu lado.

-Es usted un buen amigo, Joyce... ¿Dorothy está bien?

-Muy bien, gracias.

Llevándose las manos a las sienes, la joven murmuró cerrando los ojos:

-Creo que voy a desmayarme...

-Querida... te daré un poco de whisky -dijo Roberto solícito.

Y acercándose a una mesita, preparó un vaso que acercó a los labios de su mujer, y luego la recostó sobre el diván.

-¿Hace mucho que está usted aquí? -inquirió en voz baja Joyce al jefe del distrito.

-Alrededor de una hora. Chang, el coolíe de los Crosbie, vino a despertarme avisándome que el señor Hammond había muerto.

-¿Y le dijo quién lo había matado?

-Sí, pero no pude hablar con la señora de Crosbie, pues estaba encerrada en su habitación y rehusó verme antes de la llegada de su esposo.

-¿Hammond estaba bien muerto?...

- ¡Oh, sí, tenía el cuerpo acribillado de balazos... Fíjese, he aquí el revólver con el tambor vacío.

El abogado tomó el arma y la examinó meneando la cabeza, mientras Leslie entreabriendo los ojos observaba a los dos hombres.

- ¿Es tuyo este revólver, Roberto? -preguntó Joyce dirigiéndose a su amigo.

- Sí.

-¿Ha interrogado usted a los coolíes, señor Whiters?

- Sí, pero no saben nada. Dicen que dormían cuando fueron despertados por los estampidos del arma de fuego, y que cuando corrieron hasta aquí encontraron a Hammond en la galería.

- ¿Se siente usted mejor, señora? ¿Podría contarnos cómo sucedieron las cosas? -preguntó Joyce.

-Creo que sí -repuso la joven incorporándose.

-¿A que tanto apuro -interrogó su marido-. Leslie está agotada, no tiene fuerzas para declarar.

-Tarde o temprano tendrá que hacerlo, y cuanto antes mejor.

-Y no se olvide, señora, que está usted rodeada de amigos -dijo Whiters afectuosamente.

La joven fue lentamente a sentarse sobre un sillón cerca de la mesita y tras de una pausa, preguntó:

-¿Que quieren que les diga? Interróguenme y les contestare.

-Desearía que nos relatara usted misma lo que sucedió; ¿cree que podrá hacerlo?

-Tratare...

Y dirigiéndose a Whiters, comenzó:

-Roberto pasaba la noche en Singapur... yo debía acompañarlo, pero me sentí un poco cansada y me quede en casa... La soledad no me asusta. Toda mujer aquí debe acostumbrarse a estar sola -dijo con una leve sonrisa dirigida a su esposo-. Comí tarde y luego me puse a hacer puntilla. El tiempo pasó sin que me diera cuenta... De pronto oí pasos en la galería y una voz que decía:

`"Buenas noches... ¿Puedo entrar?" Me sorprendí, pues no había oído llegar ningún auto.

-Hammond dejó su coche a unos 300 metros de aquí; lo vimos al pasar -dijo Whiters-. Supongo que habrá preferido que no lo oyeran llegar.

-Continúe, señora -dijo Joyce.

-En el primer momento no reconocí al que llegaba, pues para trabajar uso anteojos con los cuales no veo bien de lejos; además la galería estaba obscura. "¿Quién es?" -me pregunté. "Jeff Hammond". "Bienvenido, pase a tomar un vaso de whisky" -le contesté.

-¿Le extrañó su visita?

-Sí, pues hacía tiempo que no venía a casa. ¿Verdad, Roberto?

-Así es... haría unos tres meses...

-Le dije que Roberto estaba en Singapur.

-¿Y qué le contestó?

-Que lo sentía mucho... que había venido a pasar un ratito con nosotros. Le pregunte cómo había venido y me contestó que en auto, pero que lo había dejado en el camino, pues

temía que estuviésemos acostados y que si no hubiera visto luces no habría llegado hasta aquí, no queriendo despertarnos.

-¡Ah, bien, bien! -murmuró Joyce.

-Le preparé un whisky y reanudé mi trabajo. Seguimos hablando de cosas sin importancia. Me preguntó si Roberto había oído hablar de un tigre que hacía estragos en la comarca. Luego de una y otra cosa... hasta que de pronto me dijo un piropo.

-¿Qué te dijo?

- Una pavada... No vale la pena repetirla.

- Al contrario, señora, creo conveniente que nos diga todo con la mayor exactitud -dijo Joyce.

-Pues me dijo que los anteojos no llegaban a esconder la belleza de mis ojos.

-¿Acostumbraba a decir piropos?

-Jamás. Por lo tanto me sorprendió, pero supuse que era una frase sin importancia. No obstante insistió. "Es usted exquisita" me dijo. Yo me limité a encogerme de hombros, aunque confieso que comenzaba a sentirme fastidiada.

-¿Y qué le contestó?

-Que su opinión no me interesaba, y trate de desviar la conversación. Pero él se acercó aun más y comenzó a elogiar mis manos... y hasta trató de apoderarse de una de ellas. "Basta de pavadas" -le dije, algo secamente-. "Vaya a sentarse donde estaba, de lo contrario tendré que echarlo de aquí". Pero en lugar de obedecerme replicó: "¿No sabe Leslie, que estoy perdidamente enamorado de usted?" "No le creo ni una palabra de lo que me dice" -repuse con frialdad-, "pero sea como sea le prohíbo repetirlo".

-¿Le extrañó mucho su declaración?

-Enormemente. Lo conocíamos desde hace unos ocho años, época en que llegó aquí... ¿verdad Roberto? y jamás pareció interesarse en mí.

-En efecto -dijo Crosbie dirigiéndose a su amigo-. Además, como ya sabes, lo veíamos muy poco.

-Cuando llegó a la región, casi en seguida cayó enfermo, y como se encontraba tan solo aquí lo invitamos a ser nuestro huésped hasta que se repusiera del todo, pero luego, poco a poco, dejó casi de vernos.

-¿Dónde vivía ahora?

-En un bungalow, a 10 o 12 kilómetros de aquí.

-Desde hace unos tres años sólo venía de tanto en tanto a jugar al tenis o bien lo encontrábamos en lo de amigos...

-Bien, bien -murmuró Joyce-. Prosiga, señora.

-¿Dónde había quedado? ¡ Ah, sí!... Se acercó a la mesa y se sirvió whisky. En ese momento temí que estuviese algo ebrio y le dije: "Si yo fuera usted no bebería más esta noche". A lo que me contestó después de haber vaciado su vaso de un trago: "¿Acaso cree que le hablo así porque estoy borracho?" "No le veo otra explicación" -repuse secamente-.

"No es cierto! -exclamó con vehemencia;- la he amado desde el primer momento que la vi... siento por usted un amor... apasionado", Yo me puse de pie y le hice comprender que se retirara, pero el, con los ojos brillantes y la mirada extraña, me dijo: "No, no me iré". Entonces perdí la paciencia, e indignada contesté: "Está usted perdiendo el tiempo. Amo a Roberto, nunca amaré a nadie más que a él!" "No me importa -exclamó Hammond- ¡ puesto que su marido no está aquí!"

-¡ Miserable! -exclamó Roberto cerrando los puños.

-Esas palabras me pusieron fuera de mí -prosiguió Leslie- y lo amenacé con despertar a los coolíes si no se retiraba en seguida. Traté de ganar la galería para poder llamarlos, pero él adivinó mi intención, e interceptándome el paso me tomó en sus brazos. Quise gritar, pero él me tapó la boca con la mano.

-Leslie. . . querida mía. . . -murmuró Roberto desesperado-. Jamás hubiera debido dejarte sola.

La joven escondió su rostro entre sus manos y comenzó a sollozar.

-¡ Ah, Dios mío!. . ., ¡que pesadilla!, ¡qué horror !

-Serénese, señora. Comprendo su emoción y lo penoso que debe resultarle todo esto... Admiramos su sangre fría, pero es absolutamente necesario que prosiga.

Hubo una ligera pausa, y reuniendo sus fuerzas, Leslie continuó :

Me tomó en sus brazos apasionadamente mientras yo hacía esfuerzos inauditos por desasirme. El temor me hizo débil, creí desmayar. De pronto me levantó en sus brazos y comprendí su intención... Ya no era un hombre, era un loco desenfrenado.

Por suerte tropezó en la alfombra y caímos los dos. Esa fue mi salvación. Conseguí alejarme, y más ágil que él corrí a refugiarme detrás de un sillón. El vino hacia mí... entonces vi sobre la mesa el revólver al alcance de mi mano, lo tomé y disparé contra él. Dio un grito, dijo algo que no entendí y corrió hacia la galería. Yo lo seguí... Había perdido por completo la noción de las cosas... seguí haciendo funcionar el gatillo y recién cuando el revólver estuvo vacío comprendí lo que había hecho. ¡Oh, Roberto!, ¡ qué horror ! ¡qué horror !

-Cualquier mujer honrada hubiera hecho lo mismo, querida.

-¿Cómo es que el revólver estaba sobre la mesa? -preguntó Joyce.

-Cuando me ausento de noche siempre lo dejo ahí, por si Leslie lo necesita...

-Señor Whiters -dijo Leslie serenándose un poco-; discúlpeme si no lo quise recibir en cuanto llegó.. . pero quería ver primero a mi marido.

-Es muy natural, señora, y permítame decirle que apruebo su conducta. Lamento haberme visto obligado a interrogarla ahora, pero el doctor Joyce tenía razón, convenía conocer cuanto antes los hechos. . . Evidentemente ese hombre estaba ebrio.

-Le aseguro que daría cualquier cosa por devolverle la vida... es horrible pensar que lo maté!

-¿Dónde está? -inquirió Joyce.

-Allí... en esa habitación -contestó Whiters-. ¿ Quiere que vayamos a verlo?

Ambos se alejaron mientras Roberto se acercaba a su esposa y la besaba cariñosamente.

-¡Pobrecita mía! Cómo te quiero. Te has portado admirablemente.

-Todo esto nos traerá muchos disgustos... ¿qué me harán?

-No, querida; toda la colonia aprobará tu conducta.

-Habrá un escándalo..., la gente hablará de mí…

-Eso no lo podremos evitar.

-¡ El mundo es tan malo! Dime, Roberto, ¿no creerás las murmuraciones?

-¡Jamás, querida! Hace diez años que estamos casados y hemos sido siempre tan felices.. . Has sido la esposa perfecta... ideal...

-¡Cuánto bien me hace oírte hablar así...!

Joyce y Whiters regresaron a la habitación y el abogado dijo que convenía regresar cuanto antes a Singapur.

-¿Debo acompañarlos -preguntó Leslie azorada-. ¿ Le parece que me arrestarán?

-Presumo que usted ya está en estado de arresto, ¿verdad, señor Whiters?

-Es sólo una formalidad -dijo éste-. El doctor Joyce opina que usted debe presentarse al fiscal y ponerse a su disposición...

-¿Y cree usted que me encerrarán? -preguntó Leslie extremeciéndose.

-Eso lo decidirá el fiscal. Una vez que usted le haya expuesto los hechos, tal vez la deje en libertad bajo fianza.

-Conozco al fiscal -dijo Roberto-. Es un buen tipo y estoy persuadido de que nos facilitará las cosas.

-Probablemente -contestó Joyce -, pero ante todo deberá cumplir con su deber.

-¿Qué quieres decir? -inquirió su amigo.

-Que dada la gravedad de la inculpación le resultará difícil dejarla en libertad provisional.

-¿Y de que se me inculpará?-preguntó Leslie ansiosamente.

El abogado la miró un instante en silencio, y luego le dijo fríamente :-De asesinato, señora.

Leslie cerró los ojos, pero haciendo un esfuerzo dominó su emoción.

-Iré a vestirme -dijo-; en seguida estaré lista.

Y abandonó la habitación seguida por su marido.

-¡Qué mujer extraordinaria! - exclamó Whiters a solas con Joyce.

-¿Le parece? -repuso éste sonriendo.

- ¡Qué tranquilidad! ¡ Qué dominio de sí misma !

-Tiene mucha más voluntad de lo que hubiera supuesto -dijo Joyce.

-¿Hace tiempo que la conoce?

-Desde su casamiento. Roberto es un viejo compañero mío, pero a Leslie la conocía poco, pues rara vez viene a Singapur. Siempre la encontré reservada y la suponía tímida. Mi mujer los visita a menudo y la quiere mucho.

-Es una joven exquisita y deliciosa -comentó Whiters- y su relato del drama me impresionó mucho.

-Algunos detalles resultan confusos... especialmente el final -dijo el abogado pensativamente.

-Debemos comprender el esfuerzo que tuvo que hacer la pobre mujer para dominarse... ¡ Qué bruto aquel hombre !

-¿Lo conocía usted?

-Poco... Ya sabe que recién hace tres meses que trabajo aquí.

-¿No sabe si Hammond solía emborracharse?

-No. Jamás lo vi ebrio, a pesar de que bebía bastante. Era un hombre agradable, espiritual, simpático...

Poniéndose de pie, Joyce se dirigió hacia la galería.

-¿Es aquí dónde cayó?

-Aquí mismo -repuso Whiters acercándose-. Fíjese... el suelo está perforado por las cuatro últimas balas.

Joyce permaneció largo rato mirando el piso en silencio, hasta que aparecieron Leslie y Roberto.

Cuando todos se disponían a bajar las escaleras para subir al auto, Joyce la retuvo un instante.

-Señora -le dijo- quisiera hacerle una pregunta. El lugar en que cayó Hammond está agujereado por cuatro balazos. Quiere decir que usted continuó tirándole encima una vez caído. ¿Por qué?

La joven se pasó la mano sobre la frente y contestó:

-No sé..., no recuerdo...

-Trate de recordarlo... Mi pregunta tiene importancia...

Irguiéndose, con cierta altanería, Leslie contestó sonriendo levemente :

-Temo, doctor Joyce, que usted me atribuya más sangre fría de la que poseo. Le aseguro que no sé lo qué hice... todo fue tan rápido... Mis recuerdos son confusos y vagos.

-Sí, comprendo, es muy natural..., y no la importunaré más... ¿quiere que bajemos?... Pero no deje de reflexionar sobre lo que acabo de decirle, porque es probable que el juez le haga esta misma pregunta.

Tal como Joyce lo temía, Leslie fue acusada de asesinato y encarcelada a pesar de que todos estaban de acuerdo en que había obrado en legítima defensa; el proceso duró varias semanas. Ella demostraba una entereza enorme y causaba la admiración de los jueces por la precisión de su relato. Roberto estaba indignado de la lentitud de la justicia y muy especialmente de que la última audiencia -que debía realizarse al día siguiente- fuese pública.

Fue a visitar a su esposa a la cárcel y allí se encontró con Joyce y su secretario chino, Ong Chi Seng, hombre astuto, abogado recibido y que pensaba instalar en breve un estudio por su cuenta.

Todos estaban seguros de que Leslie sería absuelta, pero un punto del asunto tenía preocupado a Joyce, y era el hecho de que la joven hubiese descargado seis balas contra Hammond.

-Si yo fuese el fiscal -decía a Roberto- te confieso que insistiría sobre ese punto.

-¿Y por que?

-Pues porque me parece que denota más la cólera que el temor...

En las circunstancias descriptas por tu esposa, se comprende que haya tenido miedo, pero resulta más difícil concebir su cólera...

-¿No te parece que exageras?

-Tal vez, pero he creído mi deber llamarte la atención sobre el asunto.

-Pues a mí me parece que en este proceso, si algo tiene importancia es la vida íntima de Hammond... ¡ y ahora la conocemos !

-¿Aludes a la mujer china que vivía con el?

-Sí. Según parece hace ocho meses que vivían juntos en su bungalow. Te aseguro que de haberlo sabido no lo hubiese recibido en casa.

-Evidentemente un inglés que vive con una mujer indígena es despreciado por sus compatriotas -repuso Joyce con cierta ironía.

-¿No sabes si han citado a esa mujer como testigo?

-Creo que no, pero no faltará quien certifique que ella vivía con Hammond y que éste era un degenerado... Pero ve a ver a Leslie en su celda, ya lo esperaré aquí.

Roberto no se lo hizo repetir y se encaminó por el corredor que ya conocía tan bien.

Ong Chi Seng, que había permanecido silencioso y alejado durante

toda la conversación, se acercó a Joyce y le dijo con una sonrisa obsequiosa :

-Maestro... ¿me permite una entrevista confidencial?

-El momento no me parece muy propicio, Ong Chi Seng. La señora de Crosbie llegará de un momento a otro.

-Es que precisamente se trata del asunto Crosbie -dijo el chino.

-¿Sí? -repuso Joyce haciendo un movimiento de asombro.

Después de una serie de circunloquios, el extraño personaje dijo:

-Tengo conocimiento de un hecho que puede cambiar totalmente la faz del proceso.

-¿Sí? -volvió a repetir Joyce.

-Así es. Según me han dicho, existe una carta de la acusada dirigida a la infortunada víctima del drama...

-Es muy posible. En los años que se conocían, la señora de Crosbie ha debido tener oportunidad de escribir al señor Hammond.

-Pero lo grave es que esa carta fue escrita el día de la muerte de la víctima.

-¿Quién le ha dicho semejante cosa? - preguntó Joyce observándolo con mirada escrutadora.

-Una persona conocida mía...

-Veo que es usted muy discreto, señor Ong - repuso el abogado con una leve sonrisa.

-Como la señora de Crosbie en su primera declaración afirmó que hacía tres meses que no tenía tratos con la víctima... si los jueces llegan a enterarse de esta carta podrían dudar de las demás declaraciones de la acusada - insinuó el chino.

-¿Tiene usted ese documento?

-No, maestro, pero mi amigo fue muy amable y me entregó una copia. ¿Quiere estudiarla?

Sacó de su bolsillo una cartera y tomó de ella un papelito cuidadosamente doblado, que entregó al abogado.

A medida que éste leía el documento, su semblante reflejaba la más profunda sorpresa. La carta decía así:

"Roberto estará ausente esta noche. Necesito absolutamente verlo a usted. Lo esperaré a las once. Estoy desesperada y si no viene, no respondo de lo que ocurrirá. - Leslie".

-¿Y que prueba tiene de que esto haya sido escrito por la señora de Crosbie?

-Tengo plena confianza en mi amigo, maestro; además, la señora de Crosbie podrá informarle.

Joyce comenzó a pasearse de un lado a otro, luego se detuvo a releer la carta.

-No puedo creer que Leslie haya escrito eso - murmuró.

-Si esa es su opinión, maestro, no insisto. Pero mi amigo pensó que podría interesarle a usted tener conocimiento de esa carta antes de que fuese presentada al procurador...

-¿ Quien tiene el original?

-La mujer china del difunto Hammond.

-Bien. Reflexionaré.

-¿Me permite que así se lo comunique a mi amigo? - preguntó insinuante Ong Chi Seng.

-Como quiera - dijo Joyce queriendo restar importancia al asunto.

descanse un poco. Este asunto lo ha agotado. Estoy contenta por él que todo termine mañana.

-¿Nos quiere dejar solos un instante, señora Smith? Deseo hablar con mi cliente.

La mujer se retiró, mientras Joyce ofrecía una silla a Leslie y se instalaba a su vez frente a la mesita.

-Una de las cosas que más me han impresionado es que usted no haya variado ni una palabra en sus declaraciones - comenzó diciendo Joyce.

-¿Y que deduce de ello, querido amigo? - preguntó Leslie sonriente.

Con una serie de reverencias obsequiosas, el chino abandonó la habitación y Joyce, sentándose frente a la mesita, colocó la carta sobre el expediente del caso Crosbie y permaneció pensativo.

Fue sacado de sus cavilaciones por la llegada de Leslie, precedida por la guardiana.

-Buenos días, señora - dijo Joyce poniéndose de pie y tendiéndole la mano-. ¿Cómo está usted hoy?

-Muy bien, gracias. Este lugar es muy propicio para una cura de reposo -agregó sonriente-. Además, la señora de Smith me cuida como una madre.

-Sí, en cambio, el pobre Roberto está deshecho. Lo he mandado a que

-Que tiene usted una memoria sorprendente, o bien que dice la entera verdad.

-Pues sepa que mi memoria es detestable.

-Usted, nos dijo, que hacía varias semanas que no veía a Hammond, ¿ verdad?

-Así es.

-¿Está absolutamente segura? ¿ Y tampoco le había escrito?

-Tampoco.

-¿Sabía usted que vivía con una mujer china?

-Sí... -repuso Leslie tras un momento de vacilación-. Y hasta la conozco.

Es posible! - exclamó la joven sobresaltándose.

Joyce no le contestó, limitándose a tenderle la carta diciendo:

-He aquí la copia.

Después de leerla, Leslie lo miró con los ojos extraviados.

-No es cierto..., no es cierto - murmuró-. Yo no escribí eso. Se lo juro.

-En ese caso no debemos preocuparnos -repuso el abogado-. De todos modos, quise avisarla antes de que esa carta fuese presentada al juez.

La joven no contestó. Con la mirada fija ante sí, parecía ausente.

-¿Por qué no habló nunca de ella?

La joven se encogió de hombros.

-¿Que tal es?

La expresión de Leslie se tornó dura.

-¡Horrible! -exclamó-. Pintada como una máscara y cubierta de joyas...

Joyce la observó un instante y luego le dijo calmosamente:

-Debo informarle que existe una carta escrita por usted a Hammond.

-No tiene nada de extraño. Varias veces le he escrito para invitarlo a jugar al tenis o a comer...

En esa carta usted lo invitaba porque Roberto estaría ausente.

-Y si la presentan, ¿qué pensarán de mí? - preguntó al fin con voz lejana.

Que usted ha mentido cuando, dijo que no había tenido ningún trato con Hammond durante los tres últimos meses antes de su muerte.

-¡Dios mío! ¡Dios mío! -exclamó tomándose la cabeza-. ¡Comprenda usted mi situación! Todo esto fue tan terrible que aquella noche me olvidé de mencionar esa carta y dije que no esperaba a Hammond... y luego no quise retractarme de miedo que no me creyeran...

-Los jueces se extrañarán de que usted haya aprovechado para invitar a Hammond precisamente el día de la ausencia de Roberto.

absuelta mañana, pero esta carta puede cambiarlo todo. Soy su abogado y debo defenderla. Acepto su explicación. Que la crea o no es otro asunto, pero mi deber de abogado es persuadir al jurado que su culpa no es grave; por consiguiente le pido que usted me diga lo estrictamente necesario para librarla del patíbulo.

Presa de una crisis nerviosa, Leslie estalló en sollozos.

-Cálmese, cálmese - dijo Joyce tratando de apaciguarla.

- ¡No deje que me ahorquen, doctor Joyce!¡Sálveme!

- Sí, sí. Trataré de hacerlo. .. pero tranquilícese.

-Le explicare... es muy sencillo. Roberto se quejaba de que su fusil era deficiente, y como yo sabía que Hammond tenía varias armas magníficas, deseaba pedirle una para regalársela a Roberto el día de su cumpleaños.

-¿No le parece que los términos de la carta son demasiado exaltados para una mujer que escribe a un hombre con el solo propósito de pedirle que le venda un fusil?

-Sí... tiene razón... siempre fui vehemente.

-Señora -dijo Joyce con voz grave interrumpiéndola-. Hablemos seriamente. Este proceso era sencillo y ahora se torna complicado. Acabo de afirmar a su esposo que usted sería

Joyce no contestó. La mujer, estremeciéndose violentamente y con el rostro desencajado, prosiguió:

-Mi vida está en sus manos. Haga lo que quiera. No le pido nada. No pienso en mí sino en Roberto.

Al oír el nombre de su amigo, Joyce se estremeció a su vez y murmuró :

-Sí, será un golpe mortal para él... ¡Pobre Roberto! Hace tantos años que lo conozco... No tiene a nadie en el mundo más que a usted, verdad?

-Así es.

Después de reflexionar un momento, Joyce dijo con voz resuelta:

-Trataré de salvarla, Leslie. Sé que cometo una falta, pero...

-¿Le parece que es una mala acción salvar a dos seres?

-Usted no puede comprenderme... Pero no hablemos más de eso. ¿Sabe si su marido puede reunir rápidamente una fuerte suma de dinero?

-Creo que sí. Posee acciones de minas de estaño y tiene importantes intereses en diversas plantaciones de caucho.

-Bien; entonces habrá que explicarle...

-¿Será necesario mostrarle la carta? - interrumpió Leslie ansiosamente.

-Trataré de que no la vea antes de su declaración de mañana, pues

es importantísimo que la crea completamente inocente.

-¿Y después?

-Después. . . pues seguiré ayudándola a usted lo más posible...

El doctor Joyce partió para su oficina donde sabía que encontraría a Ong Chi Seng. Pero conociendo la idiosincrasia de aquella gente, no quiso hablarle de lo que tanto le interesaba, y esperó pacientemente hasta que el chino le preguntase si no tenía nada que comunicarle para su amigo.

-¿Qué amigo? - preguntó Joyce fingiendo sorpresa.

-El que tiene la carta aquella.

-¡Ah... me había olvidado del asunto! No, no me interesa. La señora de Crosbie sostiene que no la ha escrito.

-Bien; ¿ entonces puede mi amigo presentarla al juez?

-Si le parece, aunque no veo el interés que pueda tener -repuso Joyce encendiendo un cigarrillo con toda calma.

Algo nervioso, Ong Chi Seng fingió poner en orden algunos papeles y luego, acercándose al abogado, dijo:

-Maestro... Me tomé la libertad de estudiar el asunto Crosbie y deduzco que esa carta puede ser fatal para su clienta.

-Siempre he tenido en alta estima su opinión jurídica, señor Ong.

-Y creo que si consiguiéramos que esa mujer se desprendiera de ella nos evitaríamos muchos fastidios.

-¿Sí? ¿Y cuánto pide su amigo por ella? Pues supongo que es un hombre de negocios.

Haciendo caso omiso del tono irónico, Ong Chi Seng repuso :

-Sólo diez mil dólares, maestro...

¡Diez mil dólares! -exclamó Joyce sobresaltándose-. ¿Y dónde quiere que los consiga la señora de Crosbie?

-Su marido tiene acciones en el banco y fuertes intereses en distintas compañías... Conozco quien puede prestarle esa suma con esas garantías.

-¡Es un disparate! Mi amigo nunca dará más de cinco mil dólares por ella!

-Sin embargo, le conviene al señor Crosbie pagar esos diez mil dólares y salvar a su mujer de la horca.

-Veremos. Hablaré esta noche con Roberto.

-Maestro -dijo el chino frotándose las manos-. Supuse que usted tendría deseos de hablar con el señor Crosbie y como el tiempo apremia, me tomé la libertad de citarlo... Está en la sala de espera.

Joyce le echó una mirada llena de odio. Luego dijo:

-Hágalo pasar.

-Bien, pero antes permítame repetirle que mi amigo y la mujer china no aceptarán ni un centavo menos de los diez mil dólares.

Salió el hombrecito haciendo un profundo saludo, y dos minutos después entraba Roberto.

-Tu secretario dice que deseas hablarme.

-Sí; siéntate.

Con todo el tacto que le fue posible, Joyce explicó a su amigo la existencia de la carta. Naturalmente no lo enteró del contenido, pero le pidió autorización para comprar un documento que podría acarrearles fastidios a último momento. Roberto no dio mayor importancia al asunto, pues confiaba ciegamente en su mujer, pero ante la insistencia del abogado le dijo:

-Haz como quieras, pero me parece que si Leslie le ha escrito para citarlo a fin de comprarle uno de sus fusiles, eso no tiene tanta importancia. En fin, si crees que se debe comprar, cómprala que yo pagaré.

Aquella misma noche, Joyce, guiado por Ong Chi Seng se dirigió al barrio chino de Singapur. La noche estaba oscura y aquel barrio aparecía siniestro, con sus focos escasos que pugnaban por disipar las tinieblas.

Cuando llegaron frente a un negocio que tenía las cortinas bajas y un gran letrero que decía: "Choung Hi Ramos Generales", Ong Chi Seng se detuvo y golpeó a la puerta lateral.

-Aquí es la casa de mi amigo, maestro -dijo.

Joyce tuvo que quitarse el casco colonial que llevaba para poder pasar por la portezuela, que abrió un muchacho, y después de seguir a Ong por un lúgubre pasillo, entró en una habitación cuyo aire viciado hacía el ambiente casi irrespirable. Recostado sobre un diván un hombre fumaba su pipa de opio, y en un rincón un muchacho sentado en cuclillas tocaba una especie de cítara.

-Supongo que su amigo conoce el motivo de mi visita -dijo Joyce secamente.

-Sí, maestro.

-Bien, entonces pregúntele dónde está esa carta.

El secretario pronunció unas palabras en chino, y luego dijo volviéndose hacia Joyce:

-La tiene la mujer. -¿Y dónde está?

-En seguida viene. Estaba esperando nuestra llegada para bajar.

Dio una orden en chino al muchacho que salió a buscarla, y acercándose al abogado le dijo confidencialmente:

-Dicen que el pobre difunto estaba completamente bajo su dominación. . .

-Tengo curiosidad 'por conocerla.

Apenas había terminado la frase, que apareció la mujer. Llevaba una especie de pantalón azul muy amplio y una larga túnica sedosa.

Completaban su atavío numerosos collares y brazaletes de oro macizo. Estaba excesivamente maquillada y en su pelo negro y reluciente llevaba adornos también de oro. Tomó asiento sobre el borde del diván y permaneció allí inmóvil como una esfinge.

-No habla más que chino y malayo -dijo Ong Chi Seng.

-No importa. Dígale que me dé esa carta -repuso Joyce impaciente.

-Maestro... la gente de pueblo es algo desconfiada... conviene enseñarle primero el dinero.

Joyce sacó del bolsillo diez billetes de mil dólares cada uno y los entregó a su secretario.

La mujer había encendido un cigarrillo y parecía no prestar la menor atención a lo que sucedía a su alrededor. Pero Joyce, que en cierto momento se dio vuelta hacia ella bruscamente, sorprendió en sus ojos un destello de inteligencia y de odio que desapareció en seguida. Un frío temor asaltó al abogado, pero dominándose continuó impasible.

Ong Chi Seng se acercó a la mujer y le dijo algo en su idioma. Entonces ésta sacó un papel del bolsillo de su túnica y se lo entregó en silencio.

Después de leerlo, Joyce lo guardó en su cartera.

- ¡ Diez mil dólares por diez líneas! ¡magnífico negocio! -murmuró sarcásticamente.

-Créame que no se arrepentirá de haberlas pagado -dijo Ong sonriendo-. ¿ Me necesita todavía esta noche, maestro? De lo contrario me quedaré con mis amigos... Tengo que hablar con ellos.

-Puede quedarse -contestó Joyce-, pues supongo que tendrán que arreglar cuentas.

Y sin saludar a nadie, se internó en el oscuro corredor mientras los chinos reían silenciosamente, festejando

el pingüe negocio que acababan de realizar.

Sólo la mujer parecía indiferente, y acercándose a la ventana miró un largo rato en dirección a las casas europeas de Singapur.

Leslie Crosbie fue absuelta por sus jueces y se convirtió en una heroína. Su belleza, su serenidad, la elegancia de su sencillo traje negro, la simplicidad con que hizo sus declaraciones fueron el comentario de toda la sociedad de Singapur, que se reunió a la salida de los tribunales para felicitarla y admirarla de cerca.

La señora de Joyce, una mujer buenísima, se apresuró en llegar a la plantación de los Crobie antes de que vinieran ellos, para adornar con flores y poner en orden esa casa de tragedia cuya dueña había estado ausente durante varias semanas, y decidió que ella y su marido se quedarían a hacer compañía a la pareja durante un tiempo hasta que él, habiendo puesto sus negocios en orden, pudiera salir de viaje con Leslie, como había proyectado.

A la caída de la tarde llegó Leslie acompañada de su esposo que parecía no poderle quitar de encima los ojos, de su abogado y algunos amigos, y la señora de Joyce, que la miraba con emoción recordando la terrible prueba por la que acababa de pasar, pensó que jamás la había visto más bella. Sus ojos enormes tenían una profundidad de expresión que iluminaba su rostro pálido. su frente era un lago de calma y sus gestos eran más lentos, más llenos de gracia que nunca.

Después que hubieran intercambiado abrazos, saludos y felicitaciones, Leslie, Joyce y Roberto se quedaron solos en el gran living florido.

-Mis queridos -anunció Roberto-; tengo una gran noticia que darles... y un consejo que pedirles.

-¿De qué se trata? -preguntó Joyce.

-Como tú sabes -prosiguió Roberto- quiero alejar a Leslie de todo esto.

-Piensas muy bien; ambos necesitan descanso.

-No se trataría de un descanso sino de irnos definitivamente.

-¿Pero cómo? -exclamó Leslie. ¡ Eso no es posible! ¡ No puedes abandonar la plantación !

-Te equivocas. Tengo en vista algo mucho mejor. ..No es posible que continuemos viviendo aquí donde todo nos recuerda...

-¡No pienses en mí, Roberto! Te partiría el alma dejar ahora esta plantación que has formado con tus propias manos -dijo Leslie.

-Eso es cierto.

-Pero ahora me resulta odioso. Tengo que irme. ¿Y tú, no lo deseas también?

-Claro, Roberto, pero ya te he causado tantos disgustos que no quisiera...

-Escúchame, querida; acabo de recibir una propuesta que te quiero comunicar. Partiremos a Sumatra, donde comenzaremos a vivir de nuevo. ¿Te gusta la idea?

-¡Ya lo creo ! -Entonces... ¿ acepto?

-¿Ganarás tanto como aquí? - preguntó Joyce.

-Más, espero; en todo caso trabajaré por mi cuenta en vez de enriquecer a una compañía...

-¿Qué quieres decir? ¡No pensarás comprar una plantación!

-Justamente.

Joyce y Leslie cambiaron una mirada significativa. Crosbie continuaba entusiasta :

-Es una ocasión inesperada que se me presenta. Me ofrecen una plantación magnífica a un tercio de su valor real. Me la dejan por 30.000 dólares.

-¿De dónde sacarás ese dinero? -preguntó Joyce.

-No es tan difícil el problema, desde que estoy aquí he ahorrado bastante. Tengo unos 10.000 dólares en efectivo y luego tengo quien me preste el resto.

-¿No te parece arriesgado eso? - atinó a decir el abogado-. ¿Por qué no visitas la plantación antes de comprarla?

-La conozco y además no puedo, la oferta debe ser aceptada o rechazada dentro de las 30 horas... Espera, voy a buscar una foto de la casa para que la veas, Leslie.

En cuanto hubo salido, Leslie murmuró angustiada :

-¿Qué pasará, Joyce?

-No sé. Tuve que pagar i o.000 dólares por la carta.

-Le suplico que no le diga nada. Déjeme un respiro. Estoy al fin de mis fuerzas...

-Pero usted le ha oído, necesita ese dinero inmediatamente para comprar la plantación... y no lo tiene.

¡Jamás he sentido tanto no ser rico ! ¡ Si yo pudiera pagar eso, no le hablaría jamás de la cuestión !

-No es eso lo que le pido. Concédame sólo un poco de tiempo... Tal vez yo pueda encontrar el dinero en otra parte.

-Desgraciadamente es imposible. Para reunir una suma tan grande, me apoderé de un depósito que me con fiaba un cliente y que puede reclamármelo mañana. Si Roberto adquiere esas tierras no podrá pagarlas jamás.

Leslie se dejó caer abatida y murmurando : "¡Qué puedo hacer, Dios mío! ¡Qué puedo hacer!"

Joyce se le acercó y en voz firme le dijo:

-No tiene más que una solución : confesarle todo.

-¿Y darle la carta? ¡Oh, no! Se lo ruego. ¡ Eso no! No quiero que lea esa carta. Démela, démela, ahora mismo...

En ese momento entraba Crosbie, ensimismado en la lectura de una pila de papeles que traía en la mano. Era todo lo referente a su soñada propiedad .

Joyce al verlo, se puso de pie decididamente y le dijo:

-Roberto, ¿has pensado en que los costos de todo este asunto son muy elevados?

Crosbie levantó la vista, sorprendido, y sonriendo le dijo que tenía en

tendido que los abogados no regalaban sus palabras pero esperaba, sin embargo, que Joyce le diera un poco de tiempo, hasta que estuviese instalado nuevamente.

-No creo que tengas idea de lo que te ha costado este asunto -insistió Joyce-. Por supuesto que no pienso ponerte la espada al cuello, pero tarde o temprano tendremos que cobrártelo. Es mi deber decirte que cuando nos hayas pagado lo que nos debes, no te quedará mucho para comprar la plantación.

-¿Pero estás loco? Me asustas. ¿A cuánto ascienden mis deudas?

-Debes comprender, Roberto, que porque somos amigos, nunca te cobraré honorarios, pero he hecho adelantos que debes reembolsar...

-Te agradezco mucho, viejo, lo de los honorarios, aunque preferiría, de veras, pagarte. ¿Pero, a cuánto asciende lo demás, y en qué consisten esos adelantos?

-Recordarás que te dije ayer que existía una carta de Leslie que juzgué conveniente comprar.

-Sí... nunca estuve de acuerdo contigo en cuanto a la importancia de esa carta, pero como eres el abogado, por supuesto, no insistí.

-Me diste carta blanca para que la comprara y la compré. La pagué cara, muy cara.. .

-Y bien, si tú lo juzgabas necesario, no lo lamento. ¿Cuánto la pagaste?

-Diez mil dólares.

-¡Diez mil dólares! ¡Pero si es una fortuna! ¡Creí que me ibas a decir doscientos dólares! ¿ Estás loco?. . .

-Desgraciadamente ese fue el precio que me impusieron.

-Pero entonces estoy arruinado... completamente arruinado.

-No, amigo, no exageres. Pero evidentemente no te queda mucho para comprar la plantación.

-Pero si te pedían una suma tan absurda, ¿por que no dejaste que presentaran la carta en el proceso?

-Hubiera sido peligroso para tu mujer.

- ¡ No pretendes que la hubieran podido condenar a muerte !

-No es eso, pero si la acusación de asesinato era mantenida por el jurado, Leslie hubiera podido hacer dos o tres años de cárcel. Créeme, viejo, que ese documento no debía aparecer en el juicio.

Crosbie se irguió, y mirando a Joyce bien de frente, le dijo:

-¿Quieres decir que era absolutamente esencial suprimir esa carta? Joyce inclinó la cabeza.

-Dime, ¿ estás bien seguro que al comprar la carta no cometías, éticamente, una grave falta?

El abogado hizo otro gesto afirmativo.

-Entonces, ¿por qué lo hiciste?

-¿No te lo he dicho?

-No, no me has dicho nada...

-Oye, Roberto, no te pongas nervioso; tú bien sabes lo fácil que es de influenciar el jurado.

Crosbie lo miró impaciente.

-Quién tiene esa carta, ¿tú?

-Sí.

-Dámela; debo verla.

-No. Esa carta no te pertenece, como no me pertenece a mí.

-¡Ah, bromeas ahora! ¡Esa carta me lleva a la ruina pero no me pertenece! Vaya si tengo derecho de leerla. Quiero ver qué es lo que compro con mi dinero...

Leslie se puso de pie y con un gesto indescriptible dijo a Joyce con voz calma:

-Désela.

En medio de un silencio mortal, Joyce sacó la carta y se la extendió a Crosbie, que la tomó bruscamente y la leyó:

-¿Qué quiere decir esto?

-Que Hammond era mi amante...

Desde el fondo de su alma Crosbie gritó :

-¡No, no es cierto!

-Sí, hace años, hace muchos años...

Crosbie seguía murmurando : "No, no..." Y ella, como una sonámbula, hablaba:

-Desde hacía un tiempo, sin embargo, venía cambiando y yo no llegaba a comprender qué le pasaba. No podía imaginarme que no me quisiera ya. Porque yo lo amaba siempre. Hubiera querido huir de su dominio, pero ese amor era más fuerte que mi voluntad.. . Me odiaba a mí misma, pero no podía dejar de amarlo, era todo para mí. Era mi vida. Un día supe que vivía con una mujer china. Y no lo quise creer. Pero por fin la vi, con mis propios ojos. Estaba cubierta de pulseras y collares y se paseaba con él por el pueblo. Cuando pasé delante de ella, esa mujer me miró y comprendí que sabía que yo también era de él. Entonces le escribí esa carta.

En la oscuridad creciente del crepúsculo los dos hombres escuchaban fascinados la voz pareja de Leslie Crosbie que, gesto por gesto, evocaba la escena que precediera a la tragedia. Y a lo lejos, como un acento irónico, se escuchaba el tintineo de una canción china...

Hammond llegó esa noche silbando alegremente y después de saludar a Leslie le preguntó por qué se había ido Roberto a Singapur, y ella le contestó que había ido a comprar cartuchos, pues se le estaban acabando.

Hammond charló un ratito, impaciente, y luego preguntó:

-¿Qué ha pasado? ¡Me escribió una carta de loca!

-¿Qué hizo usted con esa carta?

-La rompí en seguida, naturalmente.

Leslie comenzó a caminar de un lado a otro muy nerviosa, diciendo:

-Esto no puede continuar así. Ha abusado usted de mi paciencia, Jeff.

-¿Pero por qué? ¿Qué pasa?

-¡No ponga ese aire extraño! ¿Por qué no viene, por qué no me escribe?

-Estoy muy ocupado, y además, me parece absurdo evitar riesgos inútiles. Si queremos evitar el escándalo observemos, por lo menos, las reglas de elemental prudencia. Hemos tenido mucha suerte... Sería estúpido dejarse sorprender ahora.

-¡Me toma por una tonta!

-Preciosa. Si me has convocado para hacerme una escena prefiero irme... Estoy cansado de estas perpetuas escenas...

-¿Escenas? ¿ Pero no ves cuánto te quiero?

-Señora -dijo el otro, humorístico-. ¡Tiene usted una extraña manera de demostrar su afecto!

-¡ Me desesperas!

-Leslie, ¿no ha visto que no podemos vernos ahora sin peleas?

-¿Es culpa mía acaso?

-No diga eso; tal vez sea culpa mía, pero, hemos de comprender, mi queridísima amiga, que hemos vivido horas adorables, pero desgraciadamente todo tiene un fin, y yo creo que ha llegado el momento de decirnos adiós, ahora, mientras podemos aun separarnos amigos.

Leslie lo miró indignada.

-Me gusta hacer frente a las cosas -continuó Jeff Hammond.

-¡ Ah, sí ! Entonces, ¿ por qué me esconde que recibe a esa china en su casa?

-Ni sé de qué se trata.

-Júrame que no es cierto. -Te lo juro.

-Mientes. . .

Hammond se alzó de hombros.

-Entonces no veo por qué me retienes.

-Porque a pesar de todo te amo, con todo mi corazón.

Y al decir esto, humilde, acercóse al hombre, rodeándole el cuello con sus brazos.

-No quiero que me abandones, Jeff. Tú eres todo lo que tengo en el mundo. Si no me quieres más, ten piedad de mí. Sin ti, estoy perdida. Ya sé que mis celos te irritan, ¡ pero piensa cuánto sufro yo!. . .

Hammond hizo un gesto de impaciencia.

-No quiero hacerte sufrir, pero esto debe terminar.

-¡No puedo creer que seas tan cruel!

-¿Es culpa mía, acaso, si ya no te quiero más?

-No sabes lo que dices. . . Has destruido mi vida. Yo era feliz con mi marido. Llegaste, me perseguiste y hoy quieres despedirme como una sirvienta.

-Haz lo que quieras, pero te repito que todo ha concluido.

Leslie rompió a sollozar.

-No te dejaré ir, jamás, jamás...

El hombre la apartó bruscamente de sí.

-¿Pero no ves que no puedo más, que estoy cansado, que me quiero ir?

-No... te suplico, Jeff.

-¿Quieres la verdad? Pues bien, aquí la tienes. Esa mujer china me gusta y poco me importa que se sepa. Si debo elegir entre ella y tú, pues me quedo con ella... Y ahora, por amor de Dios, déjame tranquilo. ¡ Adiós !

Y con paso resuelto se dirigió hacia la veranda.

Como una tigresa herida, Leslie saltó. Tomó el revólver que estaba sobre la mesa, apretó el gatillo. Hammond, herido, se tambaleó. Ella volvió a tirar. El hombre cayó.

Murmurando entre dientes "¡Cobarde!" Leslie se acercó e inclinándose sobre su cuerpo disparó cuatro veces más.

Al terminar su espantoso relato, Leslie, mortalmente pálida, se dirigió a su esposo que tenía la cabeza escondida entre las manos, y arrodillándose ante él, con un súbito despertar de afecto, murmuró:

-Roberto, perdóname. Fue sin querer... no se cómo... perdón...

Crosbie, sin mirarla, se levantó y salió. Parecía haber envejecido diez años de golpe. Ella hizo ademán de seguirle pero Joyce la retuvo.

-Déjelo. Roberto no puede vivir sin usted. La perdonará algún día. Olvidará...

-e Usted cree? -murmuró Leslie con un gesto de desaliento.

-Sí, tal vez, con el tiempo. Si usted lo quiere mucho. Pero, por desgracia, usted no lo quiere, Leslie, y darle la ilusión de ser amado será muy duro, muy difícil para usted. Pero es su deber. Este largo sacrificio que la espera, será su castigo.

Leslie movió la cabeza.

-No -dijo sordamente-. Ese no será mi castigo. Mi castigo es cruel, mucho más cruel... Compadézcase de mí, si puede. Porque amo y amaré siempre al hombre que maté con mis propias manos.

Joyce la miró un instante, repelido y fascinado, al mismo tiempo por la intensidad apasionada de esa mujer, y sin poder contestarle salió en busca de su amigo.

En el fondo sentía más compasión por ella que por él. Sabía que la fundamental nobleza de su amigo le haría llevadera la existencia hasta llegar al olvido total.

Tendría siempre su trabajo, sus amigos leales, el respeto de los que lo rodeaban y el encanto profundo que emanaba de Leslie, algo más penetrante, más, hechicero que la simple belleza, volvería a hacer de él, bien pronto, su esclavo feliz...

¡En cambio Leslie! ... Pensando en ella, Joyce se estremeció y necesitó la presencia reconfortante y bondadosa de su propia mujer...

¿Qué diría ella cuando por fin le contara la verdad de lo sucedido ¿Había sospechado siquiera la verdadera personalidad de Leslie?... ¿ Creería que bajo ese exterior suave y digno se había escondido un alma tormentosa, que tras de la serena señora de Roberto Crosbie se escondía una mujer cruzada, capaz de asesinar, capaz de mentir fríamente después de haberlo hecho?

Debía contarlo todo, cuanto antes. El secreto pesaba en su corazón.

Leslie Crosbie, miraba su jardín, suspiró profundamente. La luna brillaba entre las palmeras y el silencio perfumado de la noche le envolvía como un manto.. .

Todo estaba igual... pero, él no volvería a subir las escaleras silbando alegremente como aquella vez. Nunca más lo esperaría, lánguida e impaciente, llena de amor, de furia y de ansiedad. Estaba sola, Como un niño herido Roberto la necesitaba, la necesitaría eternamente. Qué tarea más larga, más triste, más vacía, hacerlo olvidar!. ..

Su vida se extendía inmensa y gris ante sí. ¿ Era posible que ella misma hubiera destruido lo único que le daba valor?

En la calma de la noche, rodeada de formas y perfumes familiares, le pareció de pronto que nada había cambiado, que Roberto trabajaba feliz, contento con las migajas de su amor, que Hammond vendría a ella, con sus besos y su risa joven, que aquella mujer china de rostro pintado y de fría mirada, no había existido nunca, que era una pesadilla.. . como la cárcel, como la carta...

Fatigada y soñadora, Leslie bajó al jardín. Ya tendría tiempo para volver... La luna la perseguía por el camino, alcanzando su figura vaporosa donde no la cubrían las sombras profundas de la plantación y por un segundo, iluminó también otra figura que sigilosamente pasó detrás.

Cuando alarmados por su ausencia Joyce y Crosbie salieron llamándola por el jardín, tropezaron con un cuerpo inerte al borde del camino. En el suelo brillaba una daga china y junto a la hoja, húmeda y letal, parecían destilar odio los ojos fosforescentes de un dragón.

FIN